

Intriga histórica Dos propuestas entre la novela negra y el retrato de época, ambientadas en la capital vizcaína de principios del siglo XX

Todos los colores de Bilbao

LILIAN NEUMAN

Félix G. Modroño
La ciudad de los ojos grises

ALCAIDA
400 PÁGINAS
18 EUROS

Gonzalo Garrido
Las flores de Baudelaire

ALREVÉS
255 PÁGINAS
18 EUROS

Una de estas dos novelas está protagonizada por un fotógrafo. La otra, escrita por un escritor que también cultiva la fotografía. De ambas se recordará una cierta sucesión de imágenes. En la narración del escritor y fotógrafo Félix G. Modroño aparece un joven profesor de latín en un lugar muy luminoso de Bilbao. Ciudad que, como le cuenta al protagonista, abandonará en breve puesto que le han otorgado una cátedra en la Universidad de Salamanca. Y por allí se aleja, tranquilamente, Miguel de Unamuno, uno de los muchos importantes personajes de una ciudad que en ese tiempo, y hasta el principio de la primera gran guerra, vivía su belle époque. Un escenario pujante, que se engrandecía y se poblaba de industrias fortunas, se llenaba de ideólogos de todas las consignas, y donde —como también refleja la novela de Gonzalo Garrido— anidaba el espionaje.

La ciudad de los ojos grises es una historia de amor, un melodrama de juventud y madurez entre las dos guerras. Modroño lleva a cabo una precisa interpretación del cambio de fisonomía de la ciudad y de sus secretas corrientes de ener-

su largo exilio. Este autor, que tiene un ejemplar de *La ciudad de los prodigios* dedicado por su admirado Eduardo Mendoza, le ha dado a Bilbao su novela de formación común ciudad.

Fotografía y crimen

En ese mismo principio de siglo XX, en 1917, comenzaban a notarse los ecos de la tragedia europea a pocos pasos. Pero la vida continuaba, también para ese bicho raro llamado Alfredo Maldonado, un fotógrafo con especial ojo para el crimen (como aquel Weegee que siempre llegaba primero al lugar del crimen en Nueva York). Y en el caso de este crimen en particular, será mucho más que un narrador gráfico. Se trata del asesinato de una niña, la hija de una de las grandes fortunas de la ciudad. Y, aunque parezca horrendo, hasta sus propios padres son sospechosos; la misma pareja que años atrás convo-

có a lo más selecto de la sociedad bilbaína para su boda en París (cancionero del autor, con los sastres cosiendo sin parar).

Pero este libro no sólo habla de ricos. Habla, también, de pobres y de miserables, y de las reuniones de la logia masonica (y de su historia en España), de jesuitas y de políticas, de gente perturbada y de calles vacías e inquietantes. No tiene esta ciudad menos presencia que en la novela de Félix G. Modroño. Al contrario. Y cuenta con un habitante muy singular: ese fotógrafo con amante fija, un tipo que, por encima de esa esposa con la que se lleva horriblemente mal, y por encima de sus escabrosas peculiaridades (y de ese socio suyo que se ofrece, amigablemente, a romperle las piernas (sic) a la mujer si ésta lo fascina mucho), encanta con sus opiniones, usos y costumbres. Por ejemplo, la de reunirse con ese grupo de amigos —la Peña Barreda—,

La ciudad de Garrido es de un hiriente blanco y negro; la otra Bilbao, la de Modroño, se recordará más azul

formado por tipos cultos, locos o macabros. A la vez, el retrato de la familia Krüger al completo no es menos fascinante. Huelega decir que, como le sucede al héroe de la novela de Modroño, investigar donde no le llaman puede traer serios problemas.

La ciudad de Garrido es de un hiriente blanco y negro. La otra Bilbao, la de Modroño, se recordará más azul, sin duda por aquella hermosa historia de amor que, como en *Casablanca*, era el único color posible entre tanta amenaza gris.

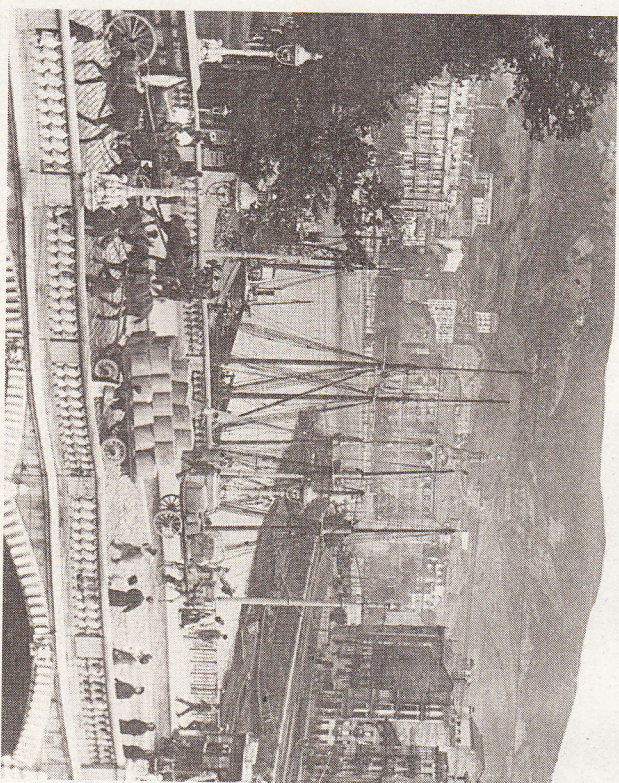


Imagen del puente de Bilbao en 1910